

atemorizasen los corazones y ánimos de los idólatras, para tenerles más sujetos a los ritos idolátricos.

CAPÍTULO XXIX. De la diferencia que los sacerdotes de esta Nueva España hicieron a los antiguos de otras naciones, y cuánto más castos y honestos fueron éstos que aquéllos, siendo todos ministros de el demonio, a un mismo culto dedicados



UNQUE EL DEMONIO HA TENIDO en su servicio ministros y gente diputada para su falsa adoración, no todos han seguido unas mismas leyes, ni costumbres, sino que variándolas se echa muy bien de ver cuán diviso anda su reino; y cómo no es posible conservarse, aunque por secretos y particulares juicios de Dios, por algún tiempo prevalezca entre infieles y moros. Entre estos ministros de su idolátrico pueblo ha habido unos más castos y limpios que otros (de la limpieza digo que nace de una virtud moral, seguida por solo el conocimiento de la lumbre natural, que inclina al hombre a conocer que aquello es bueno y lo contrario vicio y torpeza), y trataban diferente la castidad los unos que los otros. Y comenzando de los antiguos, dice Ovidio que predicaban aquellos sucios sacerdotes, al pueblo, que los dioses amaban mucho a las doncellas hermosas; y que los padres que se las ofreciesen de noche merecerían ante su acatamiento mucha gracia; y creyendo la gente engañada y ciega ser así verdad, como el sacerdote lo predicaba, traían sus hijas al templo y en él las dejaban de noche; donde luego salía un mal ministro de Satanás y usaba mal de ella, aprovechándose de su virginidad, fingiendo ser aquel dios a quién más la simple mozueta quería y estimaba. Y no solamente usaban de esta traición contra la república y se aprovechaban ellos de las que querían, cumpliendo en ellas su torpe y bestial antojo, sino que también tomaban por capa esta falsa religión, para satisfacer el deseo y sucio amor de otro algún amigo o persona que se lo rogaba. Con este embuste y astucia hacían muchas insolencias y maculaban doncellas muy honestas, y casaban a media carta, y de matrimonio prestado, mujeres casadas y virtuosas moralmente que no les llegaba al pensamiento cometer culpa semejante contra la obligación de su legítimo matrimonio, las cuales perdieran antes la vida que dejarse amancillar, si no fuera con la capa y color dicho.

En prosecución de lo cual cuenta Josefo,¹ que estaba en Roma una matrona ilustre llamada Paulina, no menos adornada de riquezas que de hermosura y, sobre todo, de mucha vergüenza y honestidad; esta señora era casada con un caballero romano, llamado Saturnino, en quien concurrían no menos calidades y gracias que en ella, para merecerla por esposa. A esta señora se le aficionó un mancebo romano, de muy noble e ilustre sangre y tan rico como noble, llamado Mundo, el cual la solicitó por todos

¹ Ioseph. lib. 18. de Antiq. cap. 7.

los modos que le parecieron necesarios para conseguir su intento, pero jamás le valieron, aunque por muchas maneras le manifestó su cuidado a la honesta Paulina; y como los pechos donde este penoso fuego de amor labra no pueden encubrir su fuego, diolo a entender el mancebo Mundo a una criada, que entre las otras había en la casa de su padre, llamada Ida, sabia y discreta y no menos cavilosa y mañosa para sacar de cuidado y cuita a su aficionado amo. La cual, como le vido pasar la vida que los semejantes pasan cuando quieren y no son queridos, dióle esperanzas (aunque largas) de llegar a colmo su deseo; para lo cual le pidió cantidad de moneda, con la cual comenzó a solicitar la codicia y corazón de Paulina; y viendo que el oro ni la plata la incitaban, guiólo por vía de devoción (que muchas veces es moción del demonio, para conseguir algunas cosas imposibles); supo esta mala hembra (que para mal no hay quien no sepa) que Paulina era muy devota y aficionada de la diosa Iside y que se ocupaba mucho en sus sacrificios y ofrendas, por cuya causa frecuentaba mucho el templo que en Roma tenía. Fuese allá y a los sacerdotes de él los juramentó muy fuertemente para que callasen y no descubriesen a nadie lo que les pidiese. Juráronlo así, dioles suma de oro, que para esto no lo recateaba el enamorado Mundo, antes lo daba, con larga mano, como aquel que no estimaba sino el cumplimiento de sus deseos; y, como no hay dificultad que el oro no venza, ni corazón codicioso que no derribe, dio con los de estos sacerdotes en tierra, en la cual derribados y con el dinero en las manos, la dijeron que les dijese lo que quería, que para nada hallaría en su voluntad estorbo ni dificultad. Ida, que halló puerta para entrar a su negocio, les dijo el cuidado y pena de su señor y les pidió le buscasen el remedio. Los malos ministros vendieron la honra de su diosa por lo que Ida les había dado, estimando más el oro que la deidad que creían haber en ella; prometiéronle de poner diligencia para que Mundo saliese con su intento y consiguiese su pretensión.

Puesto el caso en este punto, fuese el mayor y más venerable de ellos a Paulina, y dijo que venía de Egipto y que era sacerdote de el dios Anube, que era el mayor de aquella provincia; y que no era otra su venida sino a decirla de parte de su dios, cómo la quería ver a solas una noche, porque sabiendo su mucha castidad, virtud y recogimiento, estaba de ella muy pagado; y que así, que quería cenar con ella y regalarse un rato en su regazo (mirad qué dioses adoraban estos gentiles, pues que en las cosas viles y soeces de la tierra tenían el contento; y qué ministros tan honrados éstos, pues su mayor ministerio era servir de alcahuetes y terceros). Paulina, que oyó el mensaje del dios Anube, recibiólo con gran consuelo, porque no puso los ojos en el fin sino en lo presente de verse hablar con un embajador de un dios que le anunciaba su comunicación y presencia; por lo cual se alegró mucho, y decía ser muy grande el favor que el dios Anube la hacía, de comunicarla; y como gloriándose y preciándose de esta merced, que entendía que el fingido dios le hacía, daba parte de ella a las matronas romanas, sus amigas; y para que la locura llegase a colmo la comunicó también con su marido Saturnino. El cual pareciéndole ser forzoso (y caso escan-

daloso lo contrario) diola licencia para ir a hacer la visita, y él mismo ordenó la cena, que para que se entienda cuál sería, basta saber que era administrada de un muy ilustre caballero y para un dios que visitaba a su mujer.

Llegóse el día y aparejóse la cena que había de ser en el templo de Iside, y Saturnino envió a su mujer, quedando muy satisfecho en su virtud y castidad y creyendo ser verdadera la visitación de Anube, el dios de Egipto. Siendo ya hora de recoger cerraron los sacerdotes las puertas del templo y Paulina púsose a esperar la venida de su dios, a cuya sazón salió el mancebo Mundo de un lugar secreto, donde el mal ministro le tenía escondido, y vino a Paulina, la cual creyendo ser Anube, el dios que esperaba, recibióle con toda cortesía y modestia, los cuales se estuvieron juntos todo lo más de la noche, al cual Paulina no conocía por estar a obscuras. Pasado el tiempo dicho despidióse de ella Mundo, con grande contento de haberla gozado; y ella no lo quedó menos, por parecerle que su Anube la había visitado. Fuese a su casa y cuenta a su marido su buena fortuna y la merced que Anube le hacía y prometía para adelante; lo mismo contaba a sus amigas y refería algunas palabras de las que le había dicho; unas lo creían y otras no, aunque conociendo todos la honestidad de Paulina, pocos lo dudaban; y, así, lo atribuían a favor particular y extraño. Pasáronse tres días y en ellos Paulina con su engaño, al cabo de los cuales el mancebo Mundo (que creyó por ventura, que diciendo la que había tenido, continuara en ella) hizo se le contradizo, que debía de ir Paulina a alguna de sus romerías y devociones, y díjole: Paulina, dísteme a ganar las diez mil dragmas que te daba, con que pudieras hacer ricos a algunos de tus criados; y, al fin, no faltaste a cosa ninguna de las que de ti deseaba. En el templo estuviste toda la noche, con Mundo, tu aficionado, fingiéndose dios de Egipto; y, habiendo alcanzado lo que quise, no importa que sea más con nombre de Anube que de Mundo, porque no está en el nombre el gusto de conseguirse lo que por mucho tiempo y días se ha deseado. Coligió Paulina de estas palabras la traición; pero cómo quedaría, cada cual lo sienta. Vase a su casa, cuenta el caso a su marido y pídele que venga su afrenta y deshonor. Vase Saturnino a Tiberio, emperador romano, y dícele lo sucedido y pide justicia; hace la averiguación el César y concluida, manda crucificar a los sacerdotes y a Ida, la criada de Mundo; mandó derribar el templo de Iside y echar su imagen en el Tíber; y al mancebo Mundo, aunque inmundo y desvergonzado, por haber cometido culpa de amores, mandóle desterrar. Y con esto concluyó el caso, y yo, con decir la maldad de estos sacerdotes y su deshonestidad, siendo condición del sacerdocio la limpieza y castidad, y que les hicieron ventaja a éstos los indios, pues siempre fueron castos, sin saber que se les consintiese acto contrario a la virtud de la castidad; y cuando en algo de esto eran comprendidos, eran con pena de muerte castigados; y no sólo la guardaban en el acto sino en la composición de su persona y la tenían de continuo en sus ojos, guardando la vista de mirar el rostro a las mujeres.